



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2018

LA CRUZ: VENGA TU REINO

A todos los fieles, religiosos y clérigos

Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo os concedan gracia y paz.

(Fil. 1, 2)

[1] En los claustros, que forman parte del Museo Metropolitano de Nueva York, se exhibe the Bury St. Edmunds Cross. Esta cruz de altar muy inusual data del siglo XII. Es una cruz románica hecha de marfil con noventa y dos figuras talladas intrincadamente y noventa y ocho inscripciones, adornando así su frente y parte posterior.

[2] En la parte superior del lado frontal de la cruz aparece Caifás y Pilato, discutiendo entre sí. El sumo sacerdote aparece moviendo su dedo hacia Pilato, pidiéndole que cambie la sentencia puesta sobre la cabeza de Jesús en la cruz. Pilato se niega. Él se mantiene firme, señalando el letrero que lleva la sentencia debajo de sus pies.

[3] Los cuatro evangelistas hacen mención de este letrero. Ellos registraron el hecho que, sobre la cabeza de Jesús colgando en la cruz, se leía este letrero, “Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos.” De acuerdo al cuarto evangelio, Pilato tuvo este cargo contra Jesús escrito en tres idiomas. En Latín, el lenguaje del gobierno humano y del poder. En Griego, el lenguaje de la cultura y de la sabiduría. Y, en Hebreo, el lenguaje de la religión (Juan 19, 17-22). Así, las tres fuerzas más grandes del espíritu humano anunciaron inconscientemente que Él no es Rey de un solo pueblo, sino de todas las naciones.

[4] Era costumbre para los romanos escribir en un tablero áspero, la acusación del hombre condenado a muerte. Camino al lugar de la ejecución, dos soldados Romanos caminarían en frente del prisionero y dos detrás. En frente de este séquito sombrío, un hombre cargaría la placa anunciando el crimen del prisionero. Mientras Jesús caminaba hacia el Gólgota, la noticia sobre el letrero llegó a las autoridades judías quienes lo habían entregado a Pilato para crucificarlo. Estaban furiosos. Ellos no podían soportar a que alguien lo llamaran “Rey de los Judíos.”

[5] Los sumos sacerdotes estaban tan hostiles a Jesús, que a pesar de que deseaban ser liberados de la opresión romana, ellos clamaron al Cesar por su rey en el juicio ante Pilato. Ellos enmascararon su odio a Jesús bajo esta repentina profesión de lealtad a Roma. Ellos quisieron la muerte de Jesús a toda costa. Pilato fue demasiado astuto para entender su hipocresía. Entonces, para burlarse públicamente de estos hipócritas, emitió su edicto de condenación: “Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos.” Y no lo cambiaría .

[6] El Reinado de Cristo está entretejido como un hilo dorado por toda la narración de la Pasión. En el juicio

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2018

ante los miembros del Sanedrín, los sumos sacerdotes le preguntaban a Jesús sobre la afirmación de que Él es el Mesías. Los judíos esperaban que el Mesías fuera Hijo de David, una figura real que acabaría el yugo de los opresores de Israel. Él obraría milagros y establecería el Reino de Dios en la tierra.

[7] Ante el cuestionamiento de estos jueces sin ley, Jesús permanece en silencio. “*Como cordero llevado al degüello, como oveja que va a ser esquilada, permaneció mudo, sin abrir la boca*” (Is. 53, 7). La Palabra Encarnada sin palabras. Testigos hablan en contra de Jesús. Su testimonio es evidentemente falso. No se pueden encontrar motivos para condenar a Jesús (Mt. 26, 59-60). Ninguna mentira, ninguna falsedad, en pensamiento, palabra u obra pueden pasar como verdad en la presencia de Jesús, entonces y ahora.

[8] Caifás, el sumo sacerdote, se enoja por la lentitud de la corte para sacar un veredicto de culpabilidad. Él es consciente que muchos estuvieron llamando a Jesús como el Mesías. Finalmente, desesperado, el pone a Jesús bajo juramento a responder si sí o no Él es “el Mesías, el Hijo de Dios.”

[9] Jesús sabía que la gente estuvo esperando al Mesías que fuese una figura política. Por esta razón, en todo su ministerio público, el evitó cuidadosamente que lo aclamaran con el título de Mesías. Él no deseó despertar el malestar político de su pueblo. Sin prudencia, el coraje es una tontería.

[10] Sin embargo, al final de su vida, cuando el sumo sacerdote pone a Jesús bajo juramento de decir que si sí o no Él era el Mesías, Jesús responde en términos no inciertos. Atado y cautivo, Jesús es ahora libre para hablar. No hay peligro en este momento de organizar una rebelión contra Roma. No hay temor a que él ordene un ejército para establecer un estado Judío.

[11] Respondiendo a la pregunta de Caifás si Él es el Mesías, Jesús solemnemente proclama, “*Yo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo*” (Mc. 14, 62). En su majestuoso “Yo soy”, Jesús responde a ambas partes de la pregunta del sumo sacerdote. Él es el Mesías. Él es el Hijo de Dios. Y, con gran dignidad, Él anuncia que Él será el juez final y sus acusadores comparecerán ante su tribunal. Estos jueces, cegados por su interés propio, lo verán regresar en gloria como el Hijo del Hombre. El interés propio es siempre el enemigo de la verdad y de la compasión.

[12] Caifás le preguntó a Jesús si Él era el Mesías-Rey. Su cuestionamiento siguió el popular entendimiento de un Mesías político. En respuesta, Jesús va más allá de las expectativas de su tiempo. Él cita el pasaje acerca del misterioso Hijo del Hombre quien vendrá al final de los tiempos y establecerá el Reino de Dios sobre todo el mundo (Daniel 7, 11). En efecto, Él reclama no el poder político como un rey, sino la autoridad divina como el mismo Hijo de Dios encarnado. Él se compara con Dios. La verdad nunca puede ser negociada.

[13] Para los Judíos quienes fueron estrictos monoteístas, el reclamo de Jesús es una blasfemia. Él debe morir (Levítico 24, 16). Él no puede ser su rey divino. Sólo uno, el Dios verdadero es. Ellos lo condenaron a muerte. Las verdades más elevadas pueden convertirse en servidores de las obras más humildes cuando nuestros corazones se endurecen y nuestros ojos se enciegan por el interés propio. Muchos crímenes continúan haciéndose en nombre de la religión. La verdadera religión nunca genera odio, sólo amor; nunca muerte, sólo vida.

[14] Dado que los judíos no podían imponer la pena de muerte, ellos llevan a Jesús ante Pilato para sentenciarlo. Como es la costumbre, Pilato lleva a cabo su función judicial, que comienza a las 5 A.M. Los sumos sacerdotes presentan la única acusación que merecería la pena de muerte a los ojos de Pilato. Jesús es una amenaza para el poder de Roma. Por lo tanto, acusan a Jesús de afirmar ser un rey.

[15] Pilato es realista. La fiesta de la Pascua es una época de grandes expectativas nacionales. Si Jesús es verdaderamente, como dicen, un Rey, Él es una amenaza para Roma y debe ser eliminado inmediatamente. Al responder a Pilato, Jesús proclama su reino. Pero, se distancia de la noción popular de reino. Él le dice a Pilato, “*Si mi reino perteneciera a este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi*

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2018

reino no es de aquí” (Jn. 18, 36). El Reino de Cristo es el reinado de la verdad, de la justicia y de la paz que viene de lo alto. No puede ser impuesto por las fuerzas humanas.

[16] Al encontrar a Jesús inocente de cualquier tipo de reinado político, Pilato apela a la simpatía humana de los acusadores de Jesús. Él manda a asotar a Jesús. Una decisión cobarde. Tan brutal era la flagelación romana antes de la ejecución, que algunos individuos morían antes de que pudieran ser crucificados. Otros se volvían locos.

[17] Jesús es despojado, atado a una columna y azotado con correas de cuero con piezas afiladas de hueso. Su piel desgarrada, su cuerpo empapado con su propia sangre, los soldados se burlan de Él. Lo vistieron con una capa de color púrpura, le colocan una caña en su mano como un cetro y una corona de espinas en su cabeza. Se burlan de Él, riéndose y llamándolo “Rey de los judíos” (Jn 19, 3). Los sumos sacerdotes, las multitudes y los soldados que acudieron, repetirán esta misma burla al pie de la cruz. Cuando regresan a Jesús a Pilato, lo encuentra inocente. Sin embargo, por temor a perder su propia posición, Pilatos entrega a Jesús a sus enemigos para ser crucificado con las palabras: “He aquí a tu Rey” (Jn 19, 14). Bajo la cruel actitud de los soldados y el sarcasmo de Pilato, la verdad no pudo discernir: Jesús es un Rey.

[18] En la cruz, Jesús realmente muere como Rey. Antes de clavar a Jesús en la cruz, los soldados le ofrecieron vino drogado con mirra. Una costumbre común ofrecida por estos imponentes verdugos. O tal vez un pequeño acto de compasión en medio de una crueldad incalculable. La droga era para ayudar al crucificado a perder la conciencia y, por lo tanto, sufrir menos al morir. Pero Jesús se niega a tomarlo (Marcos 15, 23). Esta nota aparentemente pequeña, es de gran importancia.

[19] En el libro de los Proverbios, la reina madre le dice a su hijo Lemuel, rey de Massa, que el criminal común debería tomar vino en el momento del sufrimiento para olvidar su miseria. Pero ella le advierte que “no es para reyes, Lemuel, no es para los reyes beber vino; la bebida fuerte no es para los príncipes, no sea que bebiendo, se olvidan de lo que se ha decretado, y violen los derechos de los que tienen necesidad (Pr 31, 4-5). Como Jesús es el rey, se niega a drogarse. Él aceptará la muerte con todas sus facultades intactas. En la cruz, Él es el Rey que da un verdadero juicio al mundo.

[20] A pesar de su intensa agonía, Jesús crucificado no maldice, Él bendice, Él no condena, Él perdona. El ladrón que está a la derecha de Jesús se conmueve. Con un grito más audaz de un moribundo a otro, grita: “Señor, acuérdate de mí cuando vengas con tu reino” (Lc 23, 42). Con los ojos de la fe, él reconoce la verdad más profunda acerca de Jesús. Jesús es realmente un Rey.

[21] En respuesta a la oración sincera del hombre crucificado a su derecha, Jesús le asegura un lugar en su Reino Celestial. No hay pecado demasiado grande para que Él lo perdone. No importa en qué hora nos volvamos nosotros mismos al Señor y nos arrepintamos, sus brazos permanecen extendidos para recibirnos en su reino.

[22] Desde el primer día de su ministerio público, Jesús predicó la venida del Reino de Dios (Mc 1, 14-15). Lo que Jesús quiso decir con “*el Reino de Dios*”, Él lo reveló al darnos el Padrenuestro. La segunda petición de esta oración es “*Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así también en la tierra como en el cielo*” (Mt 6, 10). Típico de la poesía hebrea, la segunda frase es paralela a la primera frase. Lo repite, lo expande y explica su significado. Por lo tanto, para Jesús, el Reino de Dios no es un territorio geográfico, una nación o un pueblo bajo una teocracia. Más bien, es ese estado o condición donde la voluntad de Dios está perfectamente hecha. Es la regla o la soberanía de Dios sobre su creación y sobre todas las personas.

[23] En el ministerio de Jesús, el Reino de Dios estaba realmente presente. Como dijo a los fariseos: “He aquí, el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17, 21). Pero, sólo aquellos que dependían totalmente de Dios estaban entrando en él (Mc 10:15). Y, así es hoy. Sólo cuando permitimos que Dios tenga dominio sobre nuestros corazones y almas, sólo cuando sometemos sus pensamientos, palabras, y acciones a su ley del amor, entramos en su reino.

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA 2018

[24] Después de que Pedro confiesa que Jesús es el Mesías, Jesús instruye a sus discípulos sobre la necesidad de la cruz. Luego, les dice: “*Amén, os digo, hay algunos aquí que no probarán la muerte hasta que vean que el reino de Dios ha llegado al poder*” (Marcos 9, 1). En una palabra, Jesús reconoce que el Reino, aunque está presente en su ministerio, no había llegado del todo.

[25] En la Última Cena, Jesús instituye la Eucaristía como el memorial de su próxima muerte y resurrección. Y luego dice: “*En verdad les digo que no volveré a beber el fruto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el reino de Dios*” (Mc 14, 25). Jesús está esperando este momento más allá de su muerte para el banquete escatológico, cuando el Reino ha llegado a su plenitud.

[26] La muerte de Jesús en la cruz es el momento en que Él introduce el Reino de Dios con poder. Un hombre crucificado murió agotado. Pero, no Jesús. Él tiene la fuerza suficiente para lanzar un fuerte grito antes de expirar (Mt 27, 50; Mc 15, 37; Lc 23, 46). Este no es el grito de un hombre angustiado sin aliento. No es el grito lastimoso de una víctima indefensa que se da por vencida en la desesperación. Es algo mucho más profundo.

[27] El cuarto evangelista nos dice que Jesús clama en este momento las palabras “*Consumado es*” (Jn 19, 30). En griego, es solo una palabra (τετέλεσται). Es la más corta de todas las palabras pronunciadas por Jesús en la cruz. Pero, en ella está contenido todo el significado de la misión de Jesús.

[28] Jesús una vez le había dicho a sus discípulos: “*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra*” (Jn 4, 34). Al morir, Él completa la obra de Dios. Él cumple perfectamente la voluntad del Padre, “*llegando a ser obediente hasta la muerte, incluso una muerte de cruz*” (Filipenses 2, 8) y anuncia el Reino de Dios con poder.

[29] Volviendo al Padre, Jesús clama en voz alta. Es el grito de triunfo. Es el grito del Conquistador clamando victoria. La batalla ha terminado. La lucha se gana. El pecado es derrotado. La muerte es vencida. Del corazón traspasado de Jesús, la gracia nos es dada en abundancia para hacer la voluntad de Dios.

[30] Al morir, Jesús encarna en su propia persona el Reino de Dios. Su obediencia al Padre establece la soberanía absoluta de Dios sobre toda la creación. A través de Cristo y en Él, entramos en el Reino y somos salvos. Amaratado en su propia sangre y coronado de espinas, Cristo reina desde la cruz como Rey.

*Dado en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson,
el Miércoles de Ceniza, el catorce de febrero en el año de Nuestro Señor,
dos mil dieciocho.*

+ Arthur J. Serratelli

*+Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson*

Sr. Joan Daniel Healy, SCC

*Hermana Joan Daniel Healy, SCC
Canciller*